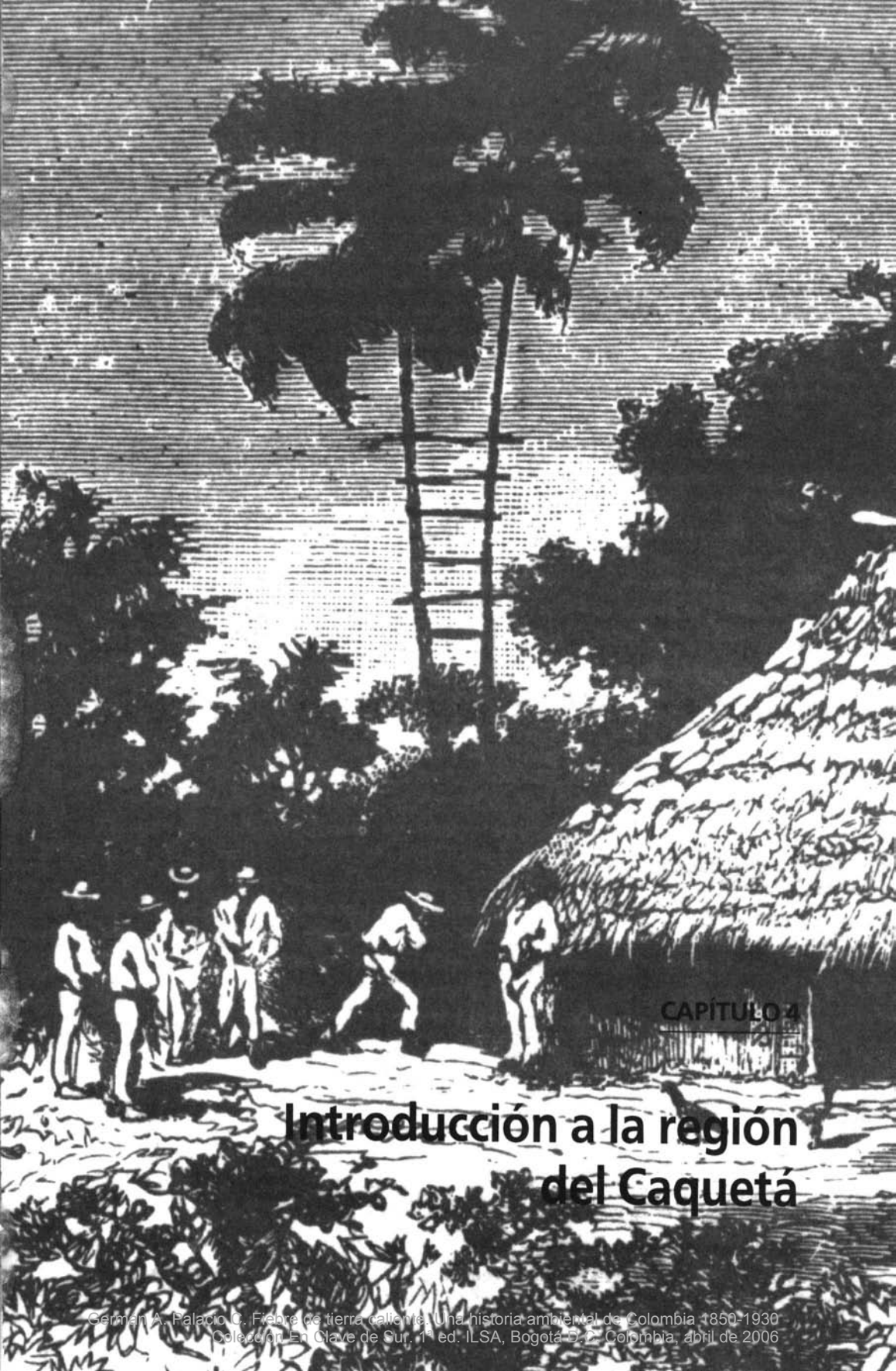




CAPÍTULO 4

Introducción a la región del Caquetá

**Libro: *Nación y Etnias Los Conflictos Territoriales en la Amazonia 1750-1933* –
AMAZONAS. Autores: Camilo Domínguez, Augusto Gómez**

ISBN 958-95596-4-6, Primera Edición Julio de 1994, Disloque Editores Ltda.

Pg. 165, Vivienda de indios civilizados en Cuemby (Río Lza) (Crévaux, 1980. 236)

CAPÍTULO 4

Introducción a la región del Caquetá

AMAZONIA, COMERCIO MUNDIAL Y CONTRASTES ANDINOS

En 1911, Rafael Reyes cuenta en sus memorias escritas en un viaje por el Mediterráneo, el Danubio y el Mar Negro (Gómez, 1986), que los colombianos del sur del país pensaban, a comienzos de 1870, que después de Sibundoy y, a lo más, después de Mocoa, en el actual departamento de Putumayo, quedaba el reino de Portugal, dado que lo confundían con el imperio del Brasil (Reyes, 1986, p. 109). No debería sorprendernos este desconocimiento. Desde la segunda década del siglo XIX, las guerras de independencia acentuaron el aislamiento relativo de la Amazonia debido a los fracasos misioneros que se habían evidenciado ya a fines del siglo XVIII. No obstante, esta situación de desconexión relativa con el resto del país fue reversada por la explotación de la quina después de 1870, aunque en el largo plazo, durante el siglo XX, los lazos volvieron a hacerse relativamente tenues hasta después de mediados de siglo en que volvieron a acentuarse.

Al igual que otras regiones del interior andino, en la época liberal de la segunda parte del siglo XIX, la Amazonia colombiana se integró parcialmente a la economía nacional y se vinculó al comercio mundial. Este vínculo integrador, expresado en momentos específicos de bonanza económica de quina y caucho fue, cuando se le compara con la costa Atlántica o el interior andino, frágil y reversible. Aunque el gobierno central y los gobiernos regionales llegaron a expresar su preocupación por la destrucción de estos dos recursos, en su conjunto la alteración de los ecosistemas fue de menor importancia ya que la apropiación del territorio por la oleada de colonización proveniente de tierras frías y calientes de los Andes fue revertida una vez terminada la bonanza. A su vez, los destrozos ambientales fueron localizados y restringidos de tal manera que la recuperación de los

ecosistemas se logró en un tiempo relativamente corto. La casi totalidad del bosque amazónico se mantuvo y la conquista de la tierra caliente amazónica colombiana por la oleada civilizadora fracasó.

A pesar de la simultaneidad en la integración al mercado mundial entre la región andina y la amazónica con posterioridad a 1850, la permanencia de estos enlaces y la contribución de estas dos regiones a la formación de la nación difirió radicalmente. La apropiación y transformación del territorio amazónico bajo el proyecto progresista quintero y cauchero fracasó en el largo plazo, y la civilización de la población indígena por medio de la labor misionera se restringió, a pesar de sus promotores, a las tierras altas de la vertiente andina de la cuenca amazónica. El resultado ambiental del proceso de colonización y transformación del paisaje amazónico no puede ser comparado con lo que ocurrió con las vertientes andinas, por ejemplo, aquellas asociadas a la economía tabacalera o cafetera, en donde la colonización construyó un paisaje marcadamente diferente al recibido a comienzos del periodo que acá se trata.

Se debe tener en cuenta otro contraste. Mientras que las regiones cafeteras andinas y la costa Caribe vieron crecer su población bajo un empuje de prosperidad, a pesar de las guerras en el país, particularmente desde la segunda década del siglo XX, la catástrofe demográfica de la población indígena en la Amazonia, por razones varias —enfermedades, esclavización, violencia genocida, desplazamiento o sedentarismo forzado—, tendió a acentuar el despoblamiento del territorio amazónico. Como consecuencia de este aspecto demográfico se reforzó la visión que reduce a la Amazonia a un espacio libre de humanización. Como si el colapso demográfico experimentado en los primeros siglos de la Conquista y la Colonia en tierra firme se hubiera repetido en el territorio amazónico colombiano durante el cambio del siglo XIX al XX (Gómez et al., 2000). Si ambas regiones compartieron la catástrofe demográfica con la invasión europea, la zona andina y la costa Atlántica obtuvieron una recuperación demográfica ininterrumpida desde la segunda parte del siglo XVIII, mientras que la Amazonia, con la bonanza quintera, y sobre todo del caucho, no experimentó un crecimiento de la población.

Imaginario

Este efecto de la economía de extracción en la Amazonia, desde comienzos de la década de los setenta, reforzó un imaginario popularizado durante la crisis ecológica global que tendió a acentuar una visión reduccionista, como prejuicio o como ideal, de que la Amazonia es un reservorio de naturaleza intocada o "prístina". Esta reducción debe ser problematizada considerando las complejas relaciones, cambiantes históricamente, entre naturaleza y sociedad. Es cierto que esta reducción tuvo

asidero en importantes antecedentes documentales, particularmente en algunos relatos de viajeros del siglo XIX y en las descripciones de la Comisión Corográfica en que se presenta a la Amazonia, de manera paradójica, como un inmenso desierto. No cabe duda que la Amazonia tenía la más baja densidad poblacional del país en la época, pero el país mismo podría ser considerado, en esos términos, despoblado. Frank Safford (1989), por ejemplo, sostiene que la población colombiana en 1830 era de un millón seiscientos mil habitantes y de dos millones doscientos mil a mediados de ese siglo. Cuando se contrasta con la población de fines del siglo XX, que es de cuarenta millones aproximadamente, podría decirse, en general, que el país era despoblado y la Amazonia lo más despoblado. Dos preguntas surgen de la construcción del paisaje amazónico como un gigantesco bioma despoblado. Primero, ¿cómo explicar esta curiosa inversión metafórica de selva en desierto? Segundo, si en gracia de discusión se aceptara que la Amazonia era una región despoblada, ¿con qué fuerza de trabajo se realizó la bonanza quinera y cauchera?

La respuesta a estas preguntas debe ponerse más bien en el ámbito de las representaciones mentales asociadas a aspectos ambientales. Históricamente, la Amazonia ha estado sujeta a representaciones variadas con contenidos ambientales. Si en las descripciones de la época del reconocimiento y la exploración de la Amazonia en el siglo XVI, ésta se figuró como una naturaleza que ofrecía riquezas, sólo soñadas (El Dorado), nunca realizadas, pero también como una región densamente poblada, en la época que nos convoca —en el periodo neocolonial, tanto en la fase liberal como conservadora—, la naturaleza amazónica sigue siendo vista como plena de potencial económico ya no por razones metálicas sino por su aparente disponibilidad para la agricultura o la extracción de productos vegetales. Si el imaginario de tierra de riquezas se mantiene, contrasta en cambio que la Amazonia, durante el periodo en que este estudio se concentra, tiende a presentarse como despoblada, con presencia sólo de unos cuantos salvajes. El paso del tiempo y de la interacción humana —recién llegados y nativos— acabó generando un cambio en la representación: de ubérrima y despoblada, a pobre y deshumanizada. En este proceso de cambio ambiental se concentran estos capítulos.

Estos imaginarios no dejan de tener asideros en la realidad material. Primero, uno de los resultados de la bonanza del caucho fue el estancamiento demográfico y, en algunos casos, la catástrofe de la población indígena, que permite aferrarse a la idea de que la Amazonia ha sido por siempre una región despoblada. Adicionalmente, la caída de los precios del caucho en 1910 generó una crisis prolongada en la Panamazonia de la cual no pudo recuperarse rápidamente por la dificultad de montar plantaciones que compitieran con las instaladas por los británicos en el Lejano Oriente. En la

década de los veinte del siglo pasado, la deshumanización de la naturaleza en la Amazonia colombiana ya no significaba solamente despoblamiento sino resistencia de la selva a su transformación y domesticación bajo un formato de lucha a muerte entre civilización y naturaleza.

El éxito cafetero colombiano de comienzos del siglo XX reconcentró las energías nacionales en el poblamiento de las regiones de vertiente andina y en las regiones propicias para la exportación, particularmente los puertos del Caribe y la región occidental conectada por el corredor que conduce a Buenaventura en el océano Pacífico. Debido a esto, tales energías tendieron a "olvidar" a la Amazonia, abandonándola a su propia suerte. Corrijo: las energías del Estado colombiano se concentraron en la apropiación cartográfica y diplomática del territorio amazónico, pero dejaron prácticamente intacto el paisaje. Los cambios ambientales fueron más simbólicos que materiales.

Aunque las ideas de El Dorado y de Edén fueron una ensoñación de los primeros invasores europeos, éstas difieren, aunque sean confundidas frecuentemente por los autores. Mientras un arquetipo de Edén son las islas del Caribe, uno de El Dorado es el Amazonas. La imagen de El Dorado prevaleció en los primeros siglos de la invasión europea. Los portugueses le otorgaron mucha más importancia a esta región que los españoles y se adentraron vigorosamente desde la boca del Amazonas hacia la confluencia del río Negro en el puerto de Manaos, y desde allí hacia el Vaupés, subiendo por la continuación del Amazonas que los brasileros llaman *Solimoes*, hacia el Putumayo y el Caquetá. La idea de El Dorado renació con el empuje agrario de la época liberal en el periodo republicano del siglo XIX. No obstante, a mediados de los años veinte esta ficción se transformó. Los informes sobre el caucho, en el contexto de la rivalidad con Perú, pero sobre todo a raíz del impacto en el imaginario nacional de *La Vorágine* de José Eustasio Rivera, cambiaron esta imagen por la idea de que la Amazonia era un "infierno verde". Décadas más tarde, el descubrimiento de la pobreza de los suelos amazónicos ahogó el sueño de que la Amazonia ofrecía un nuevo "Dorado" agrícola. La idea de la Amazonia como Edén sólo se produce con la crisis ambiental global de fines de la década de los sesenta del siglo pasado, en que el ecologismo, de veta neorromántica, convierte el bosque húmedo tropical en un valor idealizado. Las corrientes ambientalistas también recuperan la Amazonia como un nuevo "Dorado" debido a los desarrollos biotecnológicos, y hacen renacer la esperanza de que la biodiversidad es una importante fuente de riqueza.

La discusión académica

Aunque la historia ambiental de la Amazonia colombiana, en sentido estricto, está apenas escribiéndose, ya han sido elaboradas importantes

historias regionales con énfasis en asuntos económicos y sociales. De estos trabajos, quizás el primer texto que se ha hecho una pregunta explícita sobre el tema de historia ambiental es el de Camilo Domínguez y Augusto Gómez sobre la extracción (Domínguez y Gómez, 1990). La anterior afirmación requiere de dos precisiones. Primero, hay un intento por realizar una historia que relaciona etnias y nación en el contexto amazónico, relación que es fundamental para comprender el cambio ambiental. Pero la pregunta ambiental en este texto es más bien tangencial o secundaria (Domínguez y Gómez, 1994). Segundo, numerosos textos antropológicos son de carácter ambiental, en la medida que han sido iluminados por la ecología cultural y humana. Pero regularmente no son textos de historia ya que tienden a asumir que las sociedades que analizan en el presente son el retrato de sociedades tradicionales, sin historia (Mora, s.f.). Incluso, cuando se incorporan datos históricos en estos trabajos etnográficos, ellos constituyen un simple brochazo rápido para contextualizar. Sin embargo, hay que reconocer que, en sentido estricto, no es su responsabilidad disciplinaria, y la historia amazónica en Colombia es relativamente reciente.

El texto de Domínguez y Gómez sostiene que los efectos económicos, sociales y ambientales de la extracción fueron desastrosos para la Amazonia. Para el caso ambiental estas evidencias son dispersas y poco concluyentes. Ellos entienden lo ambiental en contraste con lo social y económico (aunque relacionado), como el bosque o la fauna. Acá, en cambio, se sostiene que si el recurso —quina y caucho— fue excesivamente explotado, los ecosistemas no fueron destruidos por esta explotación. Más bien, la tumba y explotación de quina y caucho, así hubiera sido irracional o insostenible, no cambió de manera fundamental los ecosistemas amazónicos en el periodo en estudio. Además, el problema ambiental no puede ser reducido a probar o improbar la explotación y destrucción de árboles de quina o caucho. No obstante, esto no nos podría llevar a concluir que la extracción de estas materias primas no produjo ningún efecto ambiental relevante que no se relaciona exactamente con la deforestación. Uno de los cambios ambientales más dramáticos tuvo que ver con que el ataque a los pueblos indígenas generó una desvalorización y consiguiente disminución del conocimiento social sobre el manejo y la utilidad del bosque. En adición al anterior efecto ambiental, la construcción y definición político-administrativa y cartográfica del territorio amazónico enmarcada en la rivalidad ecuatoriana-peruana-colombiana-brasilera constituye el segundo efecto ambiental de importancia ya que, al delinear formalmente las fronteras, organizó el espacio y, por tanto, sujetó la naturaleza amazónica a nuevas determinaciones territoriales.

Un último efecto ambiental se refiere a que, con la extracción de quina, se establecieron rutas de comunicación entre los Andes y la Amazonia que fueron utilizadas luego en la época de expansión cauchera, que en el

mediano plazo sirvieron de base para la apropiación nacional del territorio amazónico y, en el largo, para una transformación material más profunda de su piedemonte, es decir, la vertiente oriental de los Andes que cae sobre la llanura amazónica. El texto de Carlos Zárate, *La extracción de quina* (2001), llama la atención sobre este efecto ambiental de la explotación de la quina desde 1870, sentando importantes lazos entre el *boom* quintero y el cauchero. No sobra recordar que buena parte de estas rutas de penetración fueron construidas por el intercambio nativo entre los Andes y la Amazonia que tiene una historia que se remonta a épocas prehispánicas. Y, aunque se reconoce la importancia del impacto destructivo de la explotación de la quina y el caucho, se puede seguir manteniendo que el principal efecto ambiental de estas actividades extractivas no fue la destrucción del bosque, sino otros aspectos que tienen un cariz demográfico, social o geopolítico con implicaciones ambientales.

Antecedentes y prejuicios

Si durante el siglo XIX en la literatura latinoamericana fue común contrastar *la civilización con la barbarie, como lo hace el más divulgado y popularizado texto de Domingo Sarmiento para analizar Buenos Aires y la pampa argentina*, el contraste más apropiado para la Amazonia sería entre la civilización y el salvajismo. En los estereotipos del siglo XIX, mientras el salvajismo se asocia con el bosque como hábitat humano, la barbarie no está idealmente relacionada con la vida en el bosque sino en planicies, con dominio del caballo, inmersas en una formación social pastoril y un régimen político tiránico. El salvajismo, en contraste, se asocia con un sistema de comunismo primitivo, con presencia de fieras, caza y recolección en vez de equinos o bovinos (Sarmiento, 1979).

Las ideas sobre el salvajismo de los pueblos amazónicos se sustentaron, por mucho tiempo, en prejuicios con estatus científico, pero también en descripciones etnográficas de viajeros y diplomáticos, corografías y relatos de naturalistas. Para comenzar y advertir al lector desprevenido, en las últimas décadas una serie de supuestos sobre la Amazonia, que reforzaron "científicamente" estos prejuicios, han sido controvertidos. Entre ellos que los indios amazónicos son habitantes de la edad de piedra y que así se han mantenido por los siglos de los siglos (Roosevelt, 1992). De hecho, por mucho tiempo, incluidas las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX, el objetivo de los antropólogos era hacer trabajos de campo en un medio lo más primitivo, lo más cercano a la vida arcaica de la humanidad, bajo el supuesto de un enfoque evolucionista que marchaba inexorablemente del salvajismo a la civilización pasando por la barbarie (Jackson, 2001).

Controviertiendo esta divulgada sabiduría popular, dice Roosevelt, el estudio de la historia humana en el Amazonas en los últimos 11.000 años

presenta evidencias de sociedades complejas, con cacicazgos y poblaciones de hasta 100.000 habitantes. Fray Gaspar de Carvajal, miembro de la expedición de Orellana de 1541 (Carvajal, 1894), hizo descripciones de importantes poblados y dio cuenta de lugares donde por varias leguas no había espacio entre casa y casa a la orilla del río. Por mucho tiempo estos escritos fueron considerados exageraciones sin fundamento, pero han sido rescatados recientemente por trabajos etnohistóricos. Estudios pedológicos muestran que la Amazonia, a pesar de la pobreza o acidez de una parte considerable de sus suelos, también posee importantes zonas fértiles como las *várzeas* (vegas de ríos de aguas blancas) y otras zonas enriquecidas por una alta carga sedimentaria. Estudios arqueológicos también muestran que hay zonas de suelos antrópicos o antropogénicos que han sido enriquecidos con el paso del tiempo por la ocupación humana (Roosevelt, 1992, p. 22; Mora, 2003).

Cuando, durante la década de los sesenta del siglo XX, en contra del etnocentrismo subyacente a la concepción de los pueblos indígenas como salvajes, Betty Meggers y Clifford Evans, pupilos de Julian Steward plantearon que los nativos amazónicos desarrollaron estrategias admirables de adaptación al medio amazónico, reforzaron en parte la idea de una baja densidad demográfica ya que consideraron que se trataba de una estrategia adaptativa a los pobres suelos tropicales. Suponían, con un cierto sabor de determinismo ambiental del ecologismo cultural, que el bioma amazónico imponía unos límites a un mayor poblamiento, resultado del estrecho margen de resiliencia de los ecosistemas amazónicos.

Desde este paradigma, los signos encontrados de cerámica, trabajo en piedra, horticultura, poblados u obras monumentales, dice Roosevelt, se entendieron como importaciones de fuera de la región, regularmente de los Andes, donde se reconoce la existencia de civilizaciones precolombianas avanzadas (Roosevelt, 1992, p. 24). Lo cierto es que el trabajo arqueológico ha encontrado cerámica, asentamientos, formas de agricultura y canales de drenaje, que son algunos de los indicadores de civilización (p. 26). Así Roosevelt, cerca de Santarem, descubrió cerámica que se remonta a unos 6 a 7 mil años de antigüedad antecediendo a la cerámica en los Andes. A pesar de lo polémico de este descubrimiento la discusión no está finiquitada, pero no parece completamente inverosímil que formas importantes de civilización prehispánica hayan surgido de la misma Amazonia.

En un texto sintético reciente sobre el trabajo arqueológico en la Panamazonia y, en particular, en la Amazonia colombiana, Santiago Mora (s.f.), un reconocido arqueólogo colombiano, sostiene que la existencia de sociedades que hoy parecen “primitivas” es más bien el resultado no solamente de una adaptación al ambiente del trópico húmedo sino un proceso de transformaciones sociales, políticas y económicas. Roosevelt afirma que,

a fines del siglo XVII, desaparecieron los cacicazgos o jefaturas y algunas tribus se volvieron nómadas (Roosevelt, 1992, p. 26). Un caso especialmente ilustrativo puede ser el de los nukak-makú que, siendo en la actualidad un pueblo de cazadores y recolectores de la región del Guaviare, recurrió o regresó a esta forma de vida como una estrategia de resistencia a la dominación de misioneros, de expedicionarios y conquistadores. De hecho, por mucho tiempo prefirió evitar el contacto, hasta relativamente hace poco tiempo, cuando la expansión de la colonización campesina alentada por el cultivo de la coca durante la década de los ochenta los acercó cada vez más a los poblados de expansión de la frontera agrícola. Santiago Mora afirma que:

los nukak habían estado en contacto con grupos religiosos que se habían aproximado a ellos para rescatar sus almas; inclusive algunos misioneros hablaban su idioma. Ahora bien, ante las dificultades que afrontaban al percibir que una sociedad extraña se internaba en su territorio, transformándolo profundamente, y viéndose disminuidos, habían decidido emprender un épico viaje en busca de otros grupos emparentados. Para ello habían recurrido al estudio de la tradición oral. A través de ella habían logrado determinar la ruta que debían seguir y de este modo se internaron en otro mundo (Mora, s.f., p. 30).

Mora agrega que esta idea que controvierte la sucesión mecánica de estadios de evolución permite convertir en "alternativa aceptable el suponer que los grupos de cazadores-recolectores habrían surgido tardíamente y, por qué no, como una transformación de grupos que previamente habían sido agricultores" (Mora, s.f., p. 36). Desde el siglo XVII, agrega Mora, "contamos con registros para los Llanos Orientales colombianos en los cuales comunidades de agricultores –por ejemplo, Saliva y Achagua– se incorporan a la vida nómada como consecuencia de las presiones ejercidas sobre ellas por misioneros, esclavistas y colonos" (Morey y Morey, s.f., 229-246). Este fluido entre formaciones sociales también se aplica para los Yupí de Bolivia o la Baníhua de Tunuhí, de lengua arawak, entre otros (Mora, s.f., p. 39).

En la región andino-amazónica se podría aceptar la importancia de intercambios entre los pueblos de tierras altas y de tierras bajas, cosa que de hecho está siendo documentada por arqueólogos y antropólogos de estas regiones, y con la ocurrencia eventual de importaciones desde la Amazonia hasta las tierras altas, lo cual ha sido de doble vía. Lo que es discutible, en el contexto de las investigaciones recientes, es pensar que en los Andes sí floreció la civilización, mientras que en la Amazonia todo vestigio de ella deba ser atribuido a influencias externas. Este supuesto está enraizado en uno de los prejuicios deterministas ambientales discutidos en otros textos y que asumen que la civilización requiere de climas fríos y está vedada en

climas calientes y, especialmente, en el trópico húmedo. Quizás lo que se debería aceptar es que el tipo de suelos y el clima húmedo tropical hacen muy difícil la pervivencia de huellas que muestren los vestigios humanos.

Se sabe que hoy en día las mayores planicies inundables amazónicas son ocupadas por mestizos y blancos y, en menor medida, por indígenas. Por ello, como los nativos que encontraron Meggers y Evans estaban localizados en interfluvios, en áreas remotas como lo recomendaban las prescripciones etnográficas de entonces, que intentaban asegurar que los estudios dieran cuenta de los “orígenes”, con lo cual encontraban, en realidad, asentamientos nativos de refugiados entre los bosques, pensaron que esas fueron las tierras que los indígenas adaptaron durante siglos e incluso milenios. Pero hay otras tierras del Amazonas que son de origen volcánico y calizo (*limestone*), ricas en nutrientes. En particular, se descuida el potencial de las planicies ribereñas. En varios casos, Roosevelt afirma: “Lo que aparece como bosques vírgenes fueron formados hace mucho tiempo por actividades agrícolas” (Roosevelt, 1992, p. 28). Bajo este supuesto, y por razones probablemente metodológicas asociadas a la separación entre ciencias naturales y sociales, buena parte de los ecologistas creen todavía que los ecosistemas tropicales fueron formados por completo por fuerzas naturales diferentes a la intervención humana.¹ Los estudios arqueológicos demuestran lo contrario. Por ejemplo, ciertas zonas de planicies inundables, así como algunos bosques en tierra firme, son fértiles y fueron cultivadas con maíz, yuca o algodón (Mora, s.f., p. 28).

Otros ejemplos de esta variedad de suelos se fundamentan en el hecho de que hay suelos negros antrópicos que tienen amplia distribución en la Amazonia (Mora, s.f., p. 74). Mora también afirma que en la región de Araracuara, en el año 800 d. C., la necesidad de controlar el río en un punto clave para la navegabilidad generó una intensificación de los rendimientos agrícolas (p. 75). En esta región, con el propósito de controlar el derrumbe de las pendientes y el efecto erosivo de las lluvias, se sembraron árboles frutales (p. 78). Asimismo afirma, basado en los trabajos sobre el Vaupés, que para los tukano los suelos negros son propiedad de los progenitores ancestrales (p. 78).

En la Amazonia, las divisiones tajantes entre recolectores-cazadores y pueblos agrícolas han sido puestas en duda hoy en día (Mora, s.f., p. 47). Los trabajos de Inés Cavalier y otros han probado que no siempre existen fronteras tajantes entre lo silvestre y lo cultivado, como suelen existir en plantaciones modernas. En cambio, las plantas domesticadas coexisten con semidomesticadas, manipuladas y silvestres (Cavelier et al., 1995, p. 27-

¹ Ver por ejemplo el artículo del profesor de la Universidad Nacional de Colombia Thomas Defler (2001), experto en primates.

44). Esta carencia de fronteras tajantes entre lo domesticado y lo silvestre se observa también en ejemplos que muestran que mientras que muchas sociedades amazónicas se ven como cazadoras-recolectoras, la mayor parte de su dieta se basa en la agricultura; en contraste, otras sociedades que son agricultoras observan una vida errante durante meses del año. Otros casos muestran que ciertas siembras se realizan para generar recursos a fin de mejorar la caza (Mora, s.f., p. 60), y se abren chagras de lugar en lugar para combinar horticultura con nomadismo (p. 66).

La movilidad de los cazadores-recolectores no se funda en razones ambientales exclusivamente. Hay también motivaciones políticas, sociales y culturales que prueban la complejidad de estas sociedades. El repunte de la etnohistoria no sólo le ha dado credibilidad a la idea de cacicazgos y altas densidades poblacionales, sino también a estudiar la complejidad de estas sociedades que con un bajo nivel de división en clases mostraban sociedades de rango (Mora, s.f., p. 79), con capitanes y curanderos o *shamanes*, y algunas malocas bastante grandes cuyo interior reflejaba, hasta hace poco, más que una vivienda, un sistema de reproducción social.

En síntesis, los prejuicios sobre el Amazonas como una región de sociedades atrasadas, sin civilización y poblada de salvajes deben ser rechazados en varios sentidos: primero, que el supuesto salvajismo debe mirarse como una versión avanzada de adaptación creativa al medio. Segundo, esta adaptación creativa no debe ser pensada en términos exclusivos de determinismo ambiental, ya que la Amazonia ha sido lugar de asentamiento de sociedades complejas con variadas determinaciones culturales, sociales y políticas. Tercero, la limitación de la agricultura, por principio, debido a la supuesta pobreza de los suelos, debe ser relativizada ya que hay una variedad de formaciones de los suelos que incluyen antrosoles. Cuarto, el evolucionismo simplista descrito como el avance del salvajismo al sedentarismo —de la caza y la recolección a la agricultura— debe ser problematizado ya que el mismo nomadismo es también una opción histórica y no sólo la réplica de un pasado. Por último, a pesar de los imaginarios recientes producidos en Europa y Norteamérica, y reproducidos en zonas urbanas de América Latina y otros lugares, tanto en la actualidad como en el pasado, la Amazonia no es sólo un inmenso bosque despoblado de seres humanos sino que, además, buena parte de la población amazónica es también urbana. Como dice Mora: "la historia de la selva no es corta sino desconocida" (Mora, s.f., p. 40).

Panamazonia y Amazonia colombiana

Según Camilo Domínguez, mientras que la región amazónica comprende una cuenca de 6'896.344 km², la Amazonia colombiana actual cubre 336.583 km², aunque en el siglo XIX la aspiración colombiana era mayor. Este autor señala que a Brasil le corresponde en la actualidad el 72,6 %, a

Perú el 11,1%, a Bolivia el 8,7%, a Colombia el 5,0%, y el resto se lo distribuyen Ecuador, Venezuela, Guyana, Guayana y Surinam en proporciones menores al 2%. Los porcentajes varían levemente bajo el Tratado de Cooperación Amazónica en que se calcula un área de 7'186.750 km². En contraste con la gran llanura amazónica brasilera, la Amazonia del macizo central brasilero o la subregión que proviene de los macizos guyaneses, el resto de la región amazónica se la considera "andino-amazónica", a la cual pertenece la colombiana.

La proximidad a los Andes implica unas características particulares en lo relacionado con los ríos. Los estudios en limnología distinguen entre ríos de aguas claras, blancas y negras, siendo las aguas blancas procedentes de los Andes las que mayor sedimento vierten al Amazonas y, por tanto, las más ricas en nutrientes. En contraste, los ríos de aguas claras son arenosos, nacidos en la misma Amazonia, y los provenientes de los escudos guyaneses son pobres en nutrientes. Incluso la lluviosidad andino-amazónica colombiana es más alta que la de la llanura amazónica. Los estudios pedológicos muestran que las áreas de *várzeas* o vegas, a su vez, son más ricas en nutrientes y son bastante aptas para la agricultura estacionaria que depende de las crecientes y bajantes de los ríos. La Amazonia colombiana cubre la región que se extiende desde el río Guaviare, en el norte, que en realidad desemboca en el Orinoco, y el río Amazonas en el sur, que en los estimativos de Mario Mejía comprende 403.000 kilómetros cuadrados (Mejía, 1990, p. 56-76).

Un contraste adicional entre la región andino amazónica y, en particular, la colombiana, conocida en el contexto panamazónico como Amazonia noroccidental, y la llanura amazónica brasilera está asociada a razones histórico-culturales de la colonización lusitana e hispana. Mientras que la colonización portuguesa estuvo permanentemente inclinada a desarrollar la economía extractiva de la región, lo cual incluyó extracción con fines de esclavización de mano de obra nativa, la española, en la medida que se concentró más en los Andes, dejó a los misioneros la función de ir penetrando la frontera. En el caso de las instituciones de frontera portuguesas fueron menos las misiones que los presidios o fortines de avanzadas militares, además de las expediciones extractivas y comerciales (Franky y Zárate, 2001, p. 236).

La expansión portuguesa en el Amazonas está asociada a la decisión lusitana de colonizar como precaución frente a los intentos de invasión de otras potencias, entre ellas los franceses, pero sobre todo los holandeses, atraídos por las maderas finas, el azúcar y el tabaco. Primero, los franceses fundaron Río de Janeiro como capital de lo que llamaron la Francia Antártica, pero fueron expulsados en 1567 (Keen y Haines, 2000). Como se sabe, los holandeses se tomaron el nordeste brasilero por un cuarto de siglo, entre

1637 y 1654, hasta que los portugueses reconquistaron el territorio y los expulsaron. Años atrás, los portugueses avanzaron de manera pujante hacia el interior del territorio hasta encontrarse con las posesiones españolas, incursión que no encontró resistencias debido a que los españoles se concentraron en la frontera del norte de México y en la fiera disputa en el Caribe con ingleses, franceses y holandeses. Los portugueses contaron con un elemento adicional a su favor en la Amazonia en contraste con los españoles. El avance sobre el Amazonas es más fácil desde la desembocadura, río arriba, mientras que sólo existen difíciles conexiones entre los Andes y el Amazonas por tortuosas y lluviosas trochas de descenso desde la cordillera hasta llegar a ríos navegables, algunos de ellos con peligrosos rápidos, como es el caso del Caquetá. Un indicador de la dificultad de apoderarse de la Amazonia partiendo de los Andes se funda en el hecho de que ni siquiera los incas habían logrado domeñar los pueblos amazónicos, sino que se habían extendido por la cordillera y sobre la costa seca peruana (Zárate, 2001).

La apropiación del territorio amazónico controlado por los españoles fue así bastante precaria. Éstos decidieron ponerle coto a la expansión portuguesa a través de la firma de unos tratados —el de Madrid en 1750 y el de San Idelfonso 1777—, por la alegada incertidumbre, según los portugueses, generada por el Tratado de Tordesillas, que trazaba un meridiano desde las Islas Canarias, sin definir desde cuál con exactitud (Franky y Zárate, 2001, p. 250). No obstante, este proceso de delimitación lo asumieron los españoles en condiciones desfavorables. Mientras que el tratado de Madrid nunca tuvo efectos jurídicos, el tratado de San Idelfonso, conducido por Francisco Requena, por el lado español, y Teodosio Constantino de Chermont, del portugués (p. 252), fijó los límites, aunque algunas de sus cláusulas nunca se cumplieron. Por ello los portugueses fueron capaces de mantener posiciones más allá de los límites aceptados, sin revertir el control de algunos lugares reconocidos como españoles en los Tratados. Tal es el caso de Tabatinga, población que hoy en día hace frontera con Leticia en Colombia y Santa Rosa en Perú.

Las posiciones españolas se debilitaron en la Amazonia aún más, cuando a comienzos de 1790, las misiones del virreinato de la Nueva Granada fracasaron por completo en la región amazónica. Las guerras napoleónicas, primero, y luego las guerras de independencia hispanoamericana dejaron la Amazonia colombiana relegada al olvido. El proceso de independencia brasileño ocurrió como una transición pacífica de monarca a heredero, en contraste con el hispanoamericano. Aunque los patriotas triunfantes asumieron que los límites coloniales les serían reconocidos sin discusiones bajo la noción de *uti possidetis iure*, la frontera amazónica no tenía unos límites claros, lo que acabó favoreciendo las posesiones brasileñas.

Algunas tesis

Una vez sentadas las premisas sobre la geografía, el poblamiento de la Amazonia y los antecedentes coloniales, este texto se concentra en el proceso civilizatorio de la segunda parte del siglo XIX, que incluye, en primer lugar, la apropiación geográfica del territorio; pasa por el avance y declive del impulso civilizatorio bajo el auge de la explotación de la quina, y termina con el reverdecimiento y marchitamiento de la modalidad de civilización entendida como cristianización. Un capítulo siguiente retoma este proceso a través de la bonanza y la caída del caucho y sus efectos ambientales para la región, para terminar con el proceso diplomático-militar de delimitación de las fronteras y la construcción del espacio amazónico. En un apartado final se analizan los impactos específicos del proceso en su conjunto. En particular, se ilustra la conversión de El Dorado amazónico en un “infierno verde”.

El argumento fundamental de estos dos capítulos es el siguiente: el impulso progresista y civilizatorio propio de la fase ambiental entre 1850 y 1930 fracasa, ya que la pretensión de dominación y control de la naturaleza por la sociedad andina, después de sucesivos intentos, se revierte con la crisis del caucho y el cambio de percepción en Colombia de lo que representa la Amazonia. No significa lo anterior que, en esta época, no ocurrieron cambios ambientales duraderos. El más importante consiste en el proceso de estancamiento del crecimiento poblacional real y simbólico de la región que, con el paso del tiempo, acabó convirtiéndola en el ejemplo clásico del paraíso de los preservacionistas. Este cambio fue, pues, no tanto una transformación material sino simbólica, un cambio en la representación.

La visión que reduce la Amazonia a un gigantesco bosque sin gente se funda en un modelo conceptual que divide y separa la naturaleza frente a la cultura, y el bosque frente a los pueblos que lo habitan. Supone que la naturaleza amazónica no ha sido históricamente cambiada por el accionar humano, sino hasta muy recientemente cuando las estadísticas prueban la deforestación acelerada a gran escala. Lo que acá se sostiene, en cambio, es que las poblaciones que habitan la Amazonia han transformado el medio constantemente, pero que la conquista de las tierras bajas calientes amazónicas por parte de las poblaciones foráneas provenientes de los Andes, bajo la avanzada progresista y civilizatoria, fracasó. Estos grupos humanos fallaron en su intento de cambiar drásticamente el paisaje amazónico colombiano, y el esfuerzo de dejar una impronta imborrable del progreso se desvaneció.